

Domingo de resurrección

Margarito Cuéllar

I

La noche se evapora en el sueño de los durmientes
y caminamos -enfermos acosados por la rutina de los hospitales-
hacia calles tomadas por la romería de voces,
altas horas de habitaciones en penumbra,
cantinas llenas de indocumentados
dispuestos a jugarse el corazón por el sueño americano,
comunicadas entre sí por pasillos secretos
donde reina la fiesta inconclusa del alcohol y la marihuana.

*Si preguntas a dónde vamos
la magia habrá terminado.*

Vamos a donde sale el sol
y seguimos sus pasos
sin advertir premoniciones.
En la calle los guardias hablan de Botero
y se pierden en conversaciones barrocas
sobre filosofía de la muerte.

El sudor de los paseantes se cristaliza en las aceras
y el tono rojizo de las casas es una letanía por el que aún respira.
La niña de las flores se refleja en los charcos de la belleza:
no hay diferencia entre tu aroma y el de esos manojos rebosantes.

II

El que corre en silencio alcanza las burbujas de la mañana,
el rojo de los techos reprende la monotonía de la luz,
los charcos reflejan el movimiento de una ciudad que nos hereda su indiferencia.
Vamos al sitio ideal para poblar la luz,
al lugar preciso para el canto
o terminaremos en aeropuertos hostiles y parajes desconocidos.

Busquemos un lugar para los dos
con días de más horas y que el radar transmita nuestras señales donde quiera
que estemos.
¡Oh conversaciones de tardes con pan recién salido del horno, cuando la noche
era un memorándum equivocado!

III

En el parque el amor va de una caricia a otra sin protocolos.
Ahora me pregunto: “¿desafiaré las escrituras?”, “¿llegaré a ti y dibujarás en
mi cuaderno el barco que deseamos tomar?”
“¿En los pasillos del aeropuerto tu pálida silueta iluminará mis años?”
(“Sí que es viejo” –hablan los sicarios del amor-
flaco y feo como una réplica de Agustín Lara o una pítzza que nadie quiso comer”).
El paraguas, la camisa negra sin mancuernillas, el reloj de dos caras (la tuya y la mía
en un solo latir).
(“Dicen: tiene aire de cómico de carpa, de extra de película mexicana, un nombre
nada común”).
¿Desafiaré las coordenadas?
¿Me esperas al pie de la guerra frontal?

*Si preguntas a dónde vamos
la magia habrá terminado.*

Hay tiempo para pensar
-cabeza fría, pies de plomo-
el rumbo que tomarán las cosas.

El olor de tu piel clavado al viento con alfileres.
Nada hay escrito

ni cómo se comienza ni cómo se termina;
entre principio y fin los caminos llegan a ninguna parte.

Tu alma descendiendo a los abismos virtuales,
el bullicio del mar en la ventana de tu corazón.
No me abandones, viudo a los dados de mi suerte
en una ciudad en que la señalización advierte “¡peligro!”

IV

*Si preguntas a dónde vamos
la magia habrá terminado.*

¿Le hablaré de mi mundo de viejos adagios?
¿Le diré “he manejado mi auto por las cordilleras”?
¿Le hablaré en el dialecto de mis antepasados?
¿De las familias que disertaban en el patio asuntos de la guerra?
¿De niños hacinados en los parques de La Habana?
¿De los heridos en los puentes de Gaza?
Los peces en el fango jalan el aire a bocanadas.
En las tabernas vascas noche y día se transitan por un mismo puente y los oficiantes
nos conformamos con mantenernos alertas.

V

Hablo de calles legendarias con prostitutas viejas;
el sol desbordándose en tus piernas y el maquillaje petrificado en el rostro del adiós.
Hablo de mi temor a los aviones, de mis amigos en el exilio,
de los juegos de azar y mi paso por los burdeles.
¡Días en que amanecíamos ebrios con las vidas de los otros!
¡Madrugadas en que cantaban los trenes y era imposible dejarlos de oír!

¿Cómo hablarle a un fantasma en cielo abierto?
En la ciudad en que me espera el suelo se llama cielo
y a los extremos las puertas del infierno se abren.
Crece en mí como la letra de un tango al fondo de una copa.
La guerra o el azar (¡oh cautivo feliz!)
al furor de su nombre, hecho a la medida del año que viene,

al pie de las ofertas de un centro comercial
donde las voces se imponen al contagio líquido de las legumbres
la corona reina de los hospitales psiquiátricos.

Pero no adelantemos los relojes
no preparemos brebajes
ni echemos la casa por la ventana.

VI

No diré: “el sol, derrotado por las nubes,
descansa para arremeter con más brío”.
Dos que multiplicados suman uno
toman helado en una plaza sin gente
mientras eligen el film que mantendrá en vigilia su desvelo.
Y aunque sus labios se encuentren
y algo fluya en su interior
como el reacomodo de la tierra o la caída de un meteoro
el miedo crece como planta venenosa.

Tengo los años suficientes para ir de regreso
y las horas precisas para el naufragio;
todo quedará en crucigramas sin resolver,
ecuaciones de primer grado y fiestas de graduación.

La vida se evapora en el alto fuego de las cumbres;
te digo adiós como los amantes de otro verano
que se encuentran en la fiesta ajena”.

*Si preguntas a dónde vamos
la magia habrá terminado.*

MARGARITO CUÉLLAR. Escritor mexicano. Ha ejercido la creación literaria, el periodismo y la promoción cultural. Ha ganado dos premios nacionales de poesía y uno de cuento. En 2003 obtuvo el premio de poesía convocado por Radio Francia Internacional y Radio HJCK de Colombia. Premio a las artes por trayectoria en poesía y ensayo (1996). Obra reciente: *Cuaderno para celebrar* (Universidad de Sonora, 2000); *Plegaria de los ciegos caminantes* (Universidad Nacional de Colombia, 2000); *Poemas para protegerse del sol* (Mantis/ Conarte, Guadalajara, 2003) y *Ecuatoriales* (Universidad Central de Ecuador, 2006). Autor del libro de cuentos *Los riesgos del placer* (Ediciones Castillo, 2002) y de los aforismos *El sueño de la sombra* (Diáfora, 2007). Correo electrónico: magocuellar@hotmail.com